

Harvey, Michael G., *Skepticism, Relativism, and Religious Knowledge. A Kierkegaardian Perspective Informed by Wittgenstein's Philosophy*, Oregon: Pickwick Publications, 2013, 216 páginas.

Leticia Valadez

El conocimiento religioso en el pensamiento de Kierkegaard no requiere de justificación. Para el filósofo danés, en este terreno, no hay una preocupación epistemológica, pues para él la fe es el punto de partida. La duda –la duda religiosa y existencial– para Kierkegaard es un arma de la sagacidad (o sabiduría mundana), que se encuentra ahí, amenazando e incomodando, pero que una vez detectada y conocida puede vencerse mediante la subjetividad y la interioridad del individuo. Sin embargo, fuera del contexto kierkegaardiano, el conocimiento religioso en ocasiones puede encontrarse vulnerable ante corrientes y tendencias que buscan evidenciar cada afirmación dada en un argumento; ante la exigencia de premisas comprobables o que al menos tengan un referente empíricamente evidente, entonces el escepticismo hace su aparición, lo que a su vez lleva a interpretar el conocimiento religioso o de Dios como un conocimiento subjetivo y relativo y, por lo tanto, no susceptible de ser considerado como verdadero. En estos contextos el conocimiento religioso se considera un sinsentido, como lo expresaban algunos movimientos neopositivistas que estuvieron tan en boga durante el siglo XX. Es por eso que, aunque Kierkegaard no hace propiamente una teoría del conocimiento que sustente su pensamiento religioso, no es de extrañar que otros autores ocupen el pensamiento del filósofo danés como fundamento de una epistemología que plantee los parámetros necesarios para la aceptación de verdades religiosas y la posibilidad de tener un conocimiento religioso sólido, verdadero y diferente al conocimiento científico. Me parece que esto es lo que hace Michael Harvey en su libro *Skepticism, Relativism, and Religious Knowledge. A Kierkegaardian Perspective Informed by Wittgenstein's Philosophy* (Escepticismo, relativismo y conocimiento religioso. Una perspectiva kierkegaardiana informada por la filosofía de Wittgenstein). Además de presentar la perspectiva kierkegaardiana, aprovecha la filosofía de Wittgenstein en lo que muchos autores tratan como una conciliación entre el positivismo lógico y la metafísica, a través del misticismo.

Wittgenstein describe la experiencia del mundo, entendido como un todo limitado, como lo místico. La búsqueda de significado e inteligibilidad corresponde al deseo de conocer y de trascender los límites del lenguaje y

del pensamiento. Harvey examina los retos puestos por el escepticismo y el relativismo para el conocimiento religioso tras la caída del fundacionalismo clásico. Después de hacer una crítica a las respuestas que se dan a estos retos intenta reconstruir una respuesta más fuerte al escepticismo y al relativismo que no dependa de una exigencia a las capacidades epistémicas.

La primera parte del libro trata sobre la disyunción entre objetivismo y relativismo; analiza cómo la filosofía ha buscado una perspectiva más objetiva en temas de religión y teología para evitar el relativismo. Esta primera parte contiene dos capítulos, uno sobre el lenguaje religioso, la referencia y la autonomía; y el segundo sobre la revelación, la imaginación y la arbitrariedad.

La segunda parte describe un modelo hermenéutico de racionalidad que supone una concepción diferente en las relaciones entre verdad, duda, fe y razón. En la última parte del libro usa este modelo para desarrollar lo que llama la perspectiva kierkegaardiana sobre el conocimiento religioso a la luz de la filosofía de Wittgenstein, acentuando la importancia de las virtudes intelectuales y teológicas en el conocimiento religioso. Esta segunda parte está dividida en 3 capítulos. En el primero confronta la racionalidad, el relativismo y el escepticismo. En el segundo toca los temas de la tradición, la cosmovisión y el conflicto. Y finalmente, en el tercero discute la ciencia, la racionalidad y la teología.

Finalmente, en la tercera y última parte nos ofrece, como mencionaba arriba, la perspectiva kierkegaardiana sobre el conocimiento religioso. En tres capítulos toca el tema de la fe relacionándolo con el conocimiento y con la creencia, con la verdad y con el sufrimiento. Aquí describe las características de lo que considera una respuesta general contra el escepticismo, y discute algunos de los problemas que surgen cuando se aplica esa respuesta al escepticismo sobre la racionalidad de la creencia religiosa.

Las creencias o convicciones empíricas ordinarias sobre el mundo no hacen una representación equivocada del mundo exterior. Al contrario, nos dan un conocimiento genuino del mundo tal y como lo experimentamos. Por su parte, la creencia religiosa es análoga a la creencia empírica en ese aspecto: los creyentes religiosos tienen una imagen de Dios análoga a la imagen que, por sentido común, tienen del mundo. Es decir, la creencia religiosa presupone que se cree en algo real, y por eso, los que creen en Dios, lo hacen con certeza. Sin embargo, cuando nos damos cuenta que la percepción y la sensación son falibles, entonces ya no resulta tan fácil confiar en las experiencias del sentido común con respecto al mundo o con respecto

a Dios: nuestras creencias o convicciones pueden estar equivocadas. Por tanto, dice Harvey, el escéptico fundacionalista tiene razón al afirmar que somos responsables de nuestras creencias. Pero no la tiene cuando afirma que nuestras creencias de sentido común sobre el mundo y sobre Dios son irracionales si no se basan en evidencia dura. Según esa postura, carecer de evidencia en nuestras creencias hace que seamos intelectualmente irresponsables si las seguimos manteniendo.

En su libro, Harvey desarrolla la idea de que la duda es parte de nuestra humanidad. La duda del escepticismo es sobre si podemos conocer la verdad, la duda del relativismo es sobre si podemos encontrar una perspectiva lo suficientemente objetiva para entrar en un desacuerdo sobre la verdad. El relativismo implica el escepticismo sobre la racionalidad o sobre nuestra habilidad para producir un consenso racional. Y aunque no podemos evitar con una refutación filosófica que estas dudas surjan, sí se puede aprender a vivir con la duda mediante la fe. Harvey afirma que Kierkegaard argumenta que la duda surge de la estructura fundamental de la conciencia humana, pues la conciencia es una síntesis de lo ideal y lo real, de lo lógico y lo existencial. El autor afirma que con frecuencia el escepticismo es el resultado del intento de dar una justificación objetiva a creencias que son adecuadamente infundadas; y que la fe es una pasión que reorienta nuestra voluntad en dirección al conocimiento de Dios.

Elucidar problemas filosóficos para Wittgenstein era como desatar nudos en nuestro entendimiento, de modo que, aunque el resultado de la filosofía pueda ser simple, el proceso de filosofar puede llegar a ser tan complicado como los nudos que desata. El escepticismo y el relativismo son como esos nudos en nuestro entendimiento que dificultan que se pueda creer en Dios. Con la categoría de lo místico, Wittgenstein incorporó la metafísica a su filosofía. Lo que se muestra en sí mismo no puede expresarse como un hecho. Aquí se incluyen, entre otras cosas, los problemas con los que tratan la ética y la religión. Lo “místico” en la filosofía de Wittgenstein es análogo, en algunos aspectos, al “salto” kierkegaardiano. Ambas categorías marcan una distinción entre la verdad esencial de la ética y de la religión y la verdad de hechos de la ciencia. En la esfera de lo místico, la relación entre lenguaje y realidad deben comunicarse de manera indirecta. Según Wittgenstein el significado de ese lenguaje no se encuentra en el objeto que se describe, sino en el modo como se usa para dar forma a un modo de vida que corresponda con esta realidad trascendente. El propósito del lenguaje religioso no es hacer afirmaciones metafísicas sobre el universo, sino formar emociones,

disposiciones y actitudes en el ser humano para un modo de vida religiosa. Así es como la existencia de Dios se muestra de manera indirecta cuando se usa el lenguaje religioso en la vida del creyente, y no como una descripción directa. Por eso, en el caso de la ética y de la religión, el lenguaje no se corresponde con la realidad, sino con un modo de vivir que se forma mediante ese lenguaje.

Por otro lado, Kierkegaard argumenta que la fe es una especie de aceptación que guía a la voluntad hacia el conocimiento de Dios, más que una implantación inmediata en nosotros de ese conocimiento. Citando al seudónimo Climacus, Harvey dice que cuando aceptamos una proposición de fe somos incapaces de entenderla o llevarla a cabo inmediatamente, pero aun así la recibimos porque creemos o confiamos en quien la afirma; mediante la fe el creyente entra en relación con la proposición. El “salto” que se da entre la fe y el conocimiento, no es un salto ciego que nos posicione en un estado de conocimiento, afirma el autor, sino una distinción gramatical entre el acto fundamental de confiar en Dios con una profunda pasión y el proceso epistémico de conocer a Dios en el sentido de tener convicciones confiables respecto de Él.

Como dije al principio, me parece que el pensamiento de Kierkegaard no se enfoca en una teoría del conocimiento que sea la base de nuestras creencias religiosas, pues aunque trata el tema de la duda o el de la subjetividad, no lo hace en un sentido epistemológico. Sin embargo, también creo que este libro puede ser de interés para aquellos que quieran ver un enfoque kierkegaardiano en algunos problemas epistemológicos actuales que surgen por el rechazo ya histórico al conocimiento religioso. El vincular la interpretación kierkegaardiana con el pensamiento de Wittgenstein me parece también atinado por la visión de los círculos neopositivistas a los que era asociado el filósofo austriaco.

El autor, Michael G. Harvey, estudió física y astronomía en la Universidad de Pittsburgh, pero además tiene estudios de posgrado en religión y filosofía. También ha estudiado en el Princeton Theological Seminary; recibió la influencia de Hilary Putman y su perspectiva kierkegaardiana se debe, en buena medida, a lo que aprendió con Paul Holmer.